



HOJA INFORMATIVA

De la Causa de Canonización del Venerable

Alberto Capellán Zuazo

**Padre de familia,
labrador y Adorador
Nocturno
1888-1965**

NUMERO 64 - DICIEMBRE 2017

SUPLEMENTO DEL BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO
DE CALAHORRA Y LA CALZADA-LOGROÑO

Un saludo para todos los devotos del Venerable Alberto Capellán.

Estamos inmersos en un tiempo de prisas y excesivo ruido, y de nuevo os hacemos llegar este Boletín, que os acerque el ejemplo de un hombre que en medio de los afanes del mundo supo “tener tiempo para todo”.

El Venerable Alberto Capellán, fue un enamorado de la vida, amó a su esposa y a sus hijos y supo trabajar y luchar para sacar a su familia adelante, con dignidad. Pero nada de esto le impidió ser un hombre de Dios, y para ello sacó tiempo para rezar. Este es el recuerdo y mensaje que os quisiera transmitir en este Boletín, la necesidad que tenemos de vivir con intensidad, de aprovechar cada minuto de la vida, que es un regalo de Dios, y que para lograr el gozo de vivir, necesitamos poner a Dios en nuestra vida y con Dios, vivir como cristianos.

D. Alberto supo en un momento de su vida, parar, situar las cosas y darse cuenta que de que lo importante no es hacer cosas sino dar sentido a los cosas que haces; para lograr esto, él tenía todos los días un buen rato de oración, en el cual buscaba la luz de Dios para afrontar los problemas, y luego supo resolver cada situación con espíritu cristiano. “Dios no quita nada, lo da todo”, y en esta vida, el ejemplo del Venerable Alberto Capellán, nos tiene que enseñar que aquel que tiene tiempo para Dios, tiene tiempo, y mejor aprovechado, para las cosas de Dios, que son la familia, el trabajo, los necesitados...

Que el Señor Alberto Capellán nos ayude a descubrir el verdadero valor de la vida, poniendo a Dios en la vida. Nos encomendamos a su intercesión.

Venerable Alberto Capellán, ruega por nosotros.

*Vicepostulador
Rvdo. D. Jesús-Ignacio Merino Morga*

Salió el sembrador a sembrar...

Recuerdo agradecido del Venerable don Alberto Capellán Zuazo (1888-1965).

Salió el sembrador a sembrar ...

Don Alberto pudiese parecer para muchos uno más de esa recia y señorial hornada de hombres buenos que las tierras castellanas ofrecieron a finales del siglo XIX, como postrimería de las generaciones que forjaron un pueblo trabajador, cristiano y de palabra, que hizo valer su fama por toda la tierra. Ellos significaron la agonía de un proyecto colectivo que había durado un milenio (859-1898), en ellos, de algún modo, dicho ideal se prolongó, casi anacrónicamente, hasta el corazón del siglo XX. Sus vidas se enmarcaron en medio de un giro copernicano que dio el mundo y, singularmente, el estilo de vida de España dentro del Occidente europeo. Hombres de una pieza supieron mantener el equilibrio y la coherencia mientras todo se agitaba en torno a ellos, desde su juventud hasta su muerte, aunque en su silencio respetuoso pero dolido se leía un no poder aceptar el planteamiento rabioso con que se planteaba la necesaria evolución de las cosas.

Esa es la *noble madera* de la que fue tallado don Alberto, pero en él afloró algo más, que da a su vida esa excepcional perenne actualidad de lo que llamamos santidad. Sí, quisiera insistir en que la santidad cristiana es chispa divina humanada, algo más que un perfeccionismo humano o una hermosa integridad de vida. Un, algo más, que está en todo, no sobrepuesto, sino como levadura o reactivo que todo lo transforma y trasciende. Desde esta perspectiva, don Alberto nos obliga a romper prejuicios y a reconocer en él esa chispa divina, aunque no sea un religioso o un clérigo, sino precisamente en lo que fue su vida concreta, la de un marido, un padre, un vecino, un labrador, un parroquiano, un adorador nocturno.

Una parte cayó en tierra buena ... Saber acoger la simiente de Dios.

El paso del hombre bueno al hombre en camino de santidad y al santo se llama *conversión*, una conversión que asume y se apropia esa conversión sacramental recibida como don en el Bautismo celebrado en la más tierna infancia. Esa conversión significa un profundo acto de adoración que resitúa la persona y su vida entera ante Dios, de cara a Dios, aceptando que él sea Dios y nosotros, verdadera y libremente sus criaturas. Tal acto de suprema libertad y determinación, nos abre las espitas de la divina misericordia que se derrama en el creyente de modo desbordante curando y plenificando hasta la comunión con el mismo Dios. Don Alberto reconoce que le faltaba algo, "Dios estaba conmigo pero yo no estaba con Él"; leyendo y meditando el Catecismo explicado de Claret don Alberto se determinó y fue guiado por el Santo Espíritu a dar una nueva dimensión a su vida, la divina, la de hijo de Dios (año 1919).

Como María y con María dio, al fin, su *fiat* a la Palabra, se situó como criatura ante su Creador y Padre. Era un hombre aun joven, llevaba pocos años de matrimonio aunque ya era padre (casado en 1909, llevaba 10 de matrimonio), pero de algún modo era consciente que su vida había recibido un nuevo comienzo y pronto comenzaría a hacerse sentir.

Y dieron el ciento, el setenta o el treinta por uno... Dar fruto.

Su carácter fuerte, antes nubarrón que muchas veces oscurecía su vida, no desapareció, pero se encauzó gradualmente (aunque no dejase alguna vez de desbordarse, mas regresando presto a su cauce). Dándose al Dios que descubrió efectivamente le había dado todo, aprendió a ser dueño de sí para servir. Su amor a su esposa se perfeccionó y embelleció. Su entrega a la educación de sus hijos se hizo más consciente y efectiva, alejándose gradualmente de todo egoísmo. Su trabajo en el campo se le presentó como oportunidad y cobró para él un nuevo horizonte. Su vida parroquial se intensificó redescubriendo el valor de la santa Misa y de la Confesión. Su piedad eucarística y mariana se acrecentó. Su caridad se hizo más operativa y creativa.

Quisiera en este punto destacar dos aspectos muy ligados de los frutos de santidad en la vida de don Alberto:

- a) La piedad eucarística encauzada por la vinculación a la Adoración Nocturna Española (desde enero de 1919). Quien desde su conversión descubre la Eucaristía como fuente y cima de su vida cristiana y empieza a participar diariamente en la santa Misa y a orar, es conducido a una más intensa vida eucarística practicando como *adorador nocturno* esa peculiar forma de unión con Cristo sacramentado a lo largo de las horas de la noche. Muchos no entienden porqué adorar en la noche, ¿es que no bastan las horas del día? Hay muchas razones que señalan los lazos de la piedad eucarística cristiana y ese velar a lo largo de toda una noche en oración, desde la tarde de un sábado a la alborada del domingo (costumbre de la Iglesia mientras duraron las persecuciones de los tres primeros siglos), luego continuada a lo largo de siglos por las comunidades monásticas. Pero en la época de don Alberto y de la Adoración Nocturna asociativa de nuestros días la razón principal es ofrecer un tiempo de adoración particularmente apto para quienes viven en el mundo, para los laicos con una vida familiar, profesional y social que no han de descuidar ni mermar. Para ellos las horas de la noche, que pueden ser de descanso o de ocio, se convierten en tiempo de gracia, para alabar, dar gracias, pedir perdón, e interceder y suplicar. La adoración nocturna se convierte hoy en la más apta para un laicado que en ella toma su fuerza, pero que dedica las horas del día a santificarse en el desarrollo de la vida ordinaria en casa, en el trabajo y en la sociedad.
- b) La caridad operosa vinculada a las *Conferencias de san Vicente de Paul* (desde enero de 1920). El amor de Dios, alimentado de la Eucaristía celebrada, comulgada y adorada, es inseparable de un amor personal a los hermanos. A los de cerca, mujer, hijos, familia, operarios y vecinos. Pero también a los lejanos, a los desconocidos o enemigos. Una

caridad que alcanza su madurez cuando no es solo “dar”, sino que se hace “darse”. Nuevamente el cauce para vivir esta dimensión de los frutos de Dios en su vida se plasma por su vinculación con una obra eclesial, en este caso las Conferencias de san Vicente de Paul, que se caracterizan por su carácter laical y por su atención personal y capilar a los pobres de su medio. Pero don Alberto va más allá en su iniciativa y crea primero un local (la “caseta”) y luego un verdadero albergue (el “Recogimiento”, 1940), respondiendo con acierto a necesidades de aquellos años de posguerra, que otras instituciones específicas tardarían más en concretar.

Y prestó sus manos al Sembrador, se hizo sembrador...

La tarea de esposo se culminó con su muerte, la educación de sus hijos, los vio volar del hogar, algunos para consagrarse totalmente a Dios, los cargos directivos en las asociaciones y las obras apostólicas tuvieron su fin. Pero hay algo de don Alberto que perdura más allá de nuestra memoria agradecida. Algo que permanece y actualiza el testimonio de su vida. Es esa *chispa divina* de la santidad: “no están muertos, viven para Dios...”. Por eso, no por un mero ejercicio de historia aun hablamos de don Alberto. La santidad hace a los hijos de Dios seguir acompañando a la Iglesia peregrina de un modo tangible y eficaz. Por su ejemplo evocado, por sus reliquias veneradas ellos vienen a nosotros y nosotros recibimos de Dios gracias y bendiciones, esto justifica su culto y alienta nuestra esperanza.

Hacemos votos para que Dios tenga a bien confirmar a su Iglesia la santidad de su siervo Alberto Capellán Zuazo y así su presencia entre nosotros se vea confirmada y estimulada. No dudo que en estos tiempo en que la necesidad más fuerte de la humanidad es la presencia de testigos, de santos, la culminación del proceso de beatificación-canonización de don Alberto será un rocío de gracia para todos nosotros, que ya agradecemos su cercanía alentadora y protectora.

Mons. Juan-Miguel Ferrer Grenesche,
Deán de la Catedral de Toledo,
Asistente Eclesiástico de la FMOEDI.

(Federación Mundial de las Obras Eucarísticas de la Iglesia)

P. Alberto Barrios Moneo (In Memoriam)

El pasado 12 de agosto, falleció el P. Alberto Barrios Moneo, CMF, paisano y biógrafo de nuestro Venerable y gran devoto del mismo.

Contribuyó mucho al devenir de esta Causa de Beatificación. Él recogió testimonios, leyó y custodió durante años la autobiografía, así como otros objetos del Venerable; dando forma con todo este material a dos libros fundamentales de D. Alberto. Siempre fue un gran colaborador de la Comisión de la Causa. A través de estas líneas, agradecemos su entrega y desvelos por esta Causa de Beatificación, y encomendamos su eterno descanso. RIP.

